

Marcelo QUIROGA SANTA CRUZ

La magia de Hoz...en la Argentina

I

Todavía es posible encontrar algunos "observadores", más bien ocasionales, para los que la índole política de la Junta Militar Argentina es un motivo de prolongada perplejidad. Impenitentes cultores de la interpretación subjetivista de los hechos sociales, parecerían aguardar, más cómplices que prudentes, la consumación de una política desenfundadamente reaccionaria, antes de verse obligados a poner en duda, muy a pesar suyo, el carácter democrático y aun progresista que quisieran reconocer en la intención del decimocuarto presidente que la Argentina soportó en sus últimos veinte años de historia.

Pero no todos los voceros de la derecha son víctimas de estos ataques periodicos de incertidumbre; los hay de una lucidez y cinismo realmente ejemplares. Es el caso del diario chileno. **El Mercurio**, aquel cuyo propietario entró del brazo de Pepsi Cola en la Casa Blanca para concertar la campaña periodística desestabilizadora del gobierno de Salvador Allende. Para este diario, convicto de venalidad al servicio de la CIA, la militarización del poder político en América Latina es un "fenómeno demasiado extendido para que pueda atribuirse a circunstancias ocasionales, ambiciones personales y otras motivaciones menores". Las causas mayores en las que piensa el editorialista de **El Mercurio**, cuando celebra el golpe militar en Argentina, son la necesidad de asegurar el poder local en manos de las burguesías nativas, en el momento de su irremediable declinación, como el único medio de preservar el control regional imperialista, en el periodo de su inevitable disolución histórica.

En vísperas del derrocamiento del gobierno elegido en 1973 y bajo el título común de **Las Razones del Golpe**, hicimos un esbozo de las motivaciones políticas que tornaban inevitable el desenlace de fuerza conocido. Consumado éste, veamos si los antecedentes económicos de la subversión militar que expulsó de la Casa Rosada a la viuda de Perón sirven para disipar tanta incertidumbre.

Sin afectar, en lo fundamental, el régimen de propiedad latifundista de la tierra y monopólica de la actividad productiva —programa, por los demás, informado y objetivamente irrealizable en ese entonces—, Perón pudo, hace veinte años, operar una modesta redistribución del ingreso que elevó el índice general de las remuneraciones sin afectar decisivamente la rentabilidad de las empresas. Fue la

época de las vacas gordas. Y los bovinos, en este caso, no sirven como alusión metafórica a la abundancia en general, sino como referencia directa a la estructura de las exportaciones argentinas que hace dos décadas apenas si dejaba margen para un producto que no fuese agropecuario. Así se explica que la intermediación estatal en la comercialización exterior de carnes y granos, en un periodo de excepcional demanda internacional de recursos alimenticios, habilitara financieramente al gobierno peronista para soportar, sin grave deterioro de la economía fiscal, los efectos onerosos de la incorporación de algunos servicios al área del Estado —como la nacionalización del sistema ferroviario expropiado a los ingleses—.

Derrocado Perón, se inicia un largo periodo —dieciocho años— caracterizado por el fomento de la acumulación capitalista en condiciones económicas generales que impiden que esta se realice de otro modo que a expensas de una aguda disminución de la capacidad adquisitiva de las masas consumidoras. No es el tiempo de las vacas flacas, todavía no, pero la devastada Europa que Marshall se decide a restaurar para comprarla, no es ya la Europa del Mercado Común. Así, los breves interregnos civiles que los militares toleran, condicionan y cancelan alternativamente, expresan el carácter de un régimen de gobierno destinado a revertir energicamente la tendencia redistributiva del que le antecedió y a orientar, en provecho de la burguesía, los beneficios de una mayor explotación de las masas trabajadoras, política impuesta por la necesidad de paliar el decremento general de una economía preponderantemente primaria y sometida a una relación de intercambio crecientemente inequitativa. Pero también reflejan la condición contradictoria de un sistema compelido a patrocinar el potenciamiento económico de la burguesía nacional, en un país cuyo grado de subordinación económica internacional forzaba a ésta a desnacionalizar la economía argentina. Tal vez ninguno de los tres civiles que los militares argentinos admitieron a la cabeza de efimeros gobiernos desprovistos de real capacidad decisoria, revela mejor esta condición que Arturo Frondizi. Identificado teóricamente con la defensa de los recursos energéticos de su país —autor de un difundido libro sobre la industria petrolífera—, y promovido a la presidencia de esa república con el respaldo más o menos reservado del peronismo proscrito, abrió la explotación de los yacimientos de hidrocarburos argentinos a los monopolios norteamericanos.